

DOÑA INÉS

Doña Inés se asomó al balcón del convento. Llevaba un hábito de un blanco resplandeciente. Parecía un sol entre las estrellas. Don Juan estaba escondido entre los árboles. La luz mórbida que desprendía la novicia lo cegó, pasando a convertirse de burlador en burlado. Desde esa misma noche, Don Juan no faltaba a la cita silenciosa. Tras las espesas ramas, desde la distancia, contemplaba aquel sol que hablaba sin palabras. Doña Inés era bella, virgen y mórbida. La morbosidad era la aureola que, como a una santa, la adornaba. Hablaba un lenguaje de apetencias sádicas y Don Juan descifraba esas palabras en clave masoquista. La distancia los separaba. La distancia que marcaba la novicia era alta, muy alta, como el cielo, por inspirar cosas del espíritu, pero a la vez baja, muy baja, como el fango, por desatar cosas de la carne. Don Juan sufría por esa distante proximidad. Quería hacerla suya, pero Doña Inés jugaba como una niña perversa. Hacía gala de su condición de inmaculada como un tirano de su prepotencia. Doña Inés, cuando cada noche se asomaba al balcón, bien sabía que había un hombre que la estaba mirando, deseándola en la distancia. Doña Inés era fría y juguetona. Jugaba con el corazón de Don Juan como ninguna otra mujer hasta entonces lo había hecho. Era un Don Juan femenino y, por lo tanto, de una sutileza difícil de imaginar en un hombre. Una auténtica castigadora que iba flagelando los corazones de los hombres como las santas castigan con su cilicio su vedado cuerpo.